

HADOS ADVERSOS

“**M**ujer fuerte ¿quién la encontrará? Subido es su precio”, dijo Salomón. ¿Comprende Noronha el valor de la joya que el amor le brindara? Acaban los esposos de explorar un mundo; como en la historia de la humana especie, ha sonado la hora de la edad moderna para Juana.

Sus amistades de las aristocráticas mansiones, son admiradoras del violinista, cuyos conciertos adquieren mayor relieve cada vez. Aquella propónele un argumento en metro fácil para adaptarle música, y pronto, en un teatro de Río, se da “Elvira la Saboyarda”, primera y aplaudida zarzuela de Noronha.

La corte brasileña era ya, apaciguados desde el 48 los fuegos de los partidos turnantes conservadores y liberales con la revuelta de Pernambuco, tranquilo centro de cultura. El emperador D. Pedro II, hombre mesurado en su intimidad no obstante lo juvenil de sus 26 años, esposo de una bella princesa, padre de dos infantitas, Isabel y Leopoldina, espolea el cultivo de la ciencia, consagrándole también cuántos vagares dispone. Sus trabajos de investigación sobre fauna y flora, sus disquisiciones filológicas cuando aun padecen penuria estudios de esta rama, sus versos dulces y sencillos, le granjean múltiples simpatías dentro y fuera de sus dominios.

Juana está en su elemento: una explosión de sa-

via vernal le reconforta el cuerpo fortificándole el espíritu.

Un suceso político remueve la rutina cotidiana en el pueblo "carioca": Inglaterra, encariñada con las tierras suramericanas luego de ofrecer la mano amiga a Rosas, ronda los puertos brasileños y halla, por fin, motivo para intervenir en ellos. Operan las cancillerías, van y vienen agentes, los barcos hacen ostensibles maniobras para que luzcan las bocas de fuego y termina el conflicto como los desenlaces imprevistos de la dramaturgia: firmando la supresión del tráfico de esclavos.

La escritora porteña para en ello la curiosidad analítica de que está dotada y, trayendo a la memoria los temas del antiesclavismo oídos en Norteamérica, sus ensayos de traductora en la infancia, y conmovida por los cuadros de Enriqueta Beecker-Stower en su reciente novela (29), reúne materiales para una propia, que se estampa más adelante bajo el título de "La familia del Comendador".

El marido tampoco se tira sobre el prado a dormir: la aceptación que se dispensara en 1849 a "Elvira la Saboyarda" inspírale confianza para llevar a escena, en 1851, la zarzuela "Esmeralda", trazada de acuerdo con las nuevas normas.

No echa Juana en olvido el país natal; los cotidianos la imponen del movimiento reaccionario contra la tiranía y del auxilio que además de las huestes de Entre Ríos, Corrientes, la emigración unitaria y amigos reunidos en Paraguay o en Uruguay por Urquiza, van a prestarle algunas legiones brasileñas, reforzadas con los restos del ejército de Schleswig-Holstein en número apreciable de dos mil hombres de cuartel. Por fin, durante el mes segundo del año 52 brilla el sol de justicia en Caseros, y la tiranía se esfuma en la densidad de una catalepsia de la que vuelve a la vida el pueblo argentino.

(29) "La cabaña del tío Tom", apareció en 1850.

En el interregno de 1852 al final del 53, en el alma de Juana excava el destino un surco y siembra otra sementera de penas: la muerte de don José María; y desvíos visibles de su consorte.

No era coqueta única de Río aquella Guedes Pinto que hizo oblicuar la derecha conducta pasional del emperador sabio y lucía en los veranos de Petrópolis más garbo, y desenvoltura cortesana que la misma joven emperatriz Teresa Cristina.

Una pizpireta condesita, muy aficionada a música y a músicos —la noticia oral menciona aquí a una hija de un gentilhomme bienquisto en Palacio— despierta la nunca ausente vanidad erótica masculina en el violinista, y olvidando el dulce cariño de las chiquillas, el abnegado amor, las miserias compartidas, el jadeante empeño colaborador, el estímulo de siempre, la adhesión inquebrantable, el auxilio moral y pecuniario de una esposa no frívola, no lujosa, no dilapidadora, no descuidada de sus maternos deberes, enlaza su brazo al de la moza casquilucia y saltan ambos el Atlántico para lucir sus culpas en las rúas de Portugal. La mujer fuerte de Salomón importa un ardite a este tipo de hombres.

Hondísimo se le clava el puñal; larga es la herida; sus bordes no cierran ni con las fuerzas poderosas de broncea voluntad. Y aunque las lágrimas pugnen por desasirse, y la cabeza arda de fiebre, y el corazón porracee su pecho, la esposa abandonada cubre de caricias a sus pequeñas y recuerda los dos versos finales de la justa poética escrita durante la visita de Magariños: “Yo prometo sufrir de mi martirio — En silencio la acerba intensidad”.

Cúmplense presagio y promesa; mas el silencio es arsénico roedor de la sensibilidad, tósigo del alma... No se medra voceando el infortunio, pero si el indiferente no tuviere sonrisillas despectivas y sí un grano de compasión para quien le relata y soporta, arrojaría éste algunos quintales de esa pesadumbre que la sociedad —trazada con mayor cuenta del heridor que

del herido—, obliga a retener a costa de la misma salud del cuerpo y del espíritu.

Poco tiempo antes de que el músico perjurara, Juana había realizado otro sacrificio grande: tomar carta de ciudadanía brasileña, a fin de que se le permitiese estudiar una rama de la medicina exclusiva para señoras; ¿no es esto muestra elocuente de cómo se llama a todas las puertas de la fortuna con el aldabón de la virtud? En el casi decenio de duración de su matrimonio, ha coadyuvado al sostén del hogar, como todas las mujeres juntas y como ninguna mujer. Una y múltiple, ama y, criada, señora y menestrala, maestra y aprendiz, versificadora y periodista, autora de libreto teatral y comediógrafa, políglota y monolingüe, novelista y obstétrica en ciernes, todo eso es, ¿No supo ni pudo el compañero perdonarle sin hacérselo notar, algún leve defectillo, si esto le chocaba, poniendo en la bandeja contraria de la balanza la balumba de cualidades supremas de su esposa? ¿Erale imprescindible correr la necia aventura con hembra de múltiples fallas, entre las cuales las de orden moral sobresalían? ¿Tiraban más de él las bajezas de la materia antojadiza y versátil que los imperativos del corazón y del razonamiento? ¿Y sus niñas, de siete y cinco años apenas?

Juana Paula enjuga su lloro; tira raya entre el pasado de intenso batallar y un porvenir que sospecha apacible, porque piensa remediar su añoranza tornan-do a las playas nativas. Ha escrito al amigo dilecto José Mármol, avecindado en Buenos Aires desde 1852, al doctor Valentín Alsina, cuyo martirologio en el destierro le inspiró una novela ("Los misterios del Plata") y ocupa después del 11 de septiembre la alta magistratura bonaerense; al coronel Mitre, ministro de Relaciones Exteriores... Argentina, madre, esposa abandonada, maestra... El sanjuanino Sarmiento que llega de su proficuo exilio trasandino, tiene un volcán de ideas en actividad que le urge poner en práctica en lo relativo a educación común. Todavía no co-

noce a Juana, pero ya los Hados van disponiendo la encrucijada del hallazgo.

Y hétenos a la nostálgica despidiéndose del Brasil presa de honda tristeza: ejerce imán poderoso el suelo nativo, mas también retiene aquel en que se amó y padeció (30).

El tercer cuarto de siglo durante el décimonono, da la urdimbre de tiempo en que se desarrolla su individual historia contemporánea, largo período en que brega, acezando, por ideales no cumplidos. Treinta y cuatro años cuenta, dos niñas que amparar y muchos bríos, cuando pisa de nuevo las queridas aceras de Buenos Aires a mediados de 1853.

(30) “Siempre que hable de tí, Brasil —dice en su novela segunda—, lo haré con entusiasmo, porque, has sido por muchos años mi patria adoptiva, y estás ligado a mi corazón y a mi pensamiento por un altar y dos tumbas...! El altar en que ligué mi destino al destino de otro; las tumbas de mi anciano padre, muerto en la emigración y la de mi primer hijo, muerto antes de nacer! “La familia del Comendador”, pág. 128.